



ALÉGRENSE en el SEÑOR

Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark



Julio 2, 2021 / Vol. 2, No. 20

Celebrando el misterio eucarístico

*Canta, oh lengua
el misterio del cuerpo glorioso
y de la Sangre preciosa
que el Rey de las naciones
Fruto de un vientre generoso
Derramó en rescate del mundo.*

"Pange Lingua Gloriosi Corporis Mysterium" es un himno escrito por Santo Tomás de Aquino (1225-1274) para la Fiesta del Corpus Christi, la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y la Sangre de Cristo. También se canta el Jueves Santo durante la procesión desde la iglesia hasta el lugar donde se guarda el Santísimo Sacramento hasta el Viernes Santo.

Las dos últimas estrofas, llamadas por separado "*Tantum Ergo*", se cantan en la Bendición del Santísimo Sacramento. El himno proclama el misterio eucarístico en el que, de acuerdo a nuestra fe, el pan y el vino se transforman en el cuerpo y la sangre de Cristo, y nosotros que participamos de esta comida sagrada nos convertimos en lo que recibimos, el Cuerpo de Cristo.

Vemos a Tomás de Aquino como un pensador brillante que enseñó filosofía y teología, y así fue. Pero Santo Tomás también fue un hombre de oración ferviente e intensa devoción al Santísimo Sacramento. Sus primeros biógrafos escribieron que este gran estudioso, que también era un predicador popular, inclinaba su cabeza contra el Tabernáculo, ¡como para sentir el palpitar del corazón divino y humano de Jesús!

Para Aquino, todo el conocimiento viene a través de los cinco sentidos, de la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato. ¿Sería ser que él estaba tratando de conocer al Señor más íntimamente al sentir su presencia más intensamente? El Papa Francisco llamaría a esto "cercañía", el tipo de intimidad que cada uno de nosotros está llamado a tener con Jesús y unos con otros.

Santo Tomás creía que la Eucaristía es el sacramento de la Pasión del Señor porque contiene— real y verdaderamente— a la persona de Jesucristo que padeció y murió por nosotros. Así, Aquino enseñó que todo lo que es un efecto de la Pasión de nuestro Señor (especialmente nuestra liberación del pecado y de la muerte) es también un efecto de la sagrada Eucaristía porque este sacramento no es otra cosa que la aplicación de la Pasión de nuestro Señor a nosotros. ¡Santo Tomás creyó tanto esto que era conocido por celebrar Misa con lágrimas de alegría y gratitud!

No es un académico estirado teniendo “grandes pensamientos” de una manera fría y desapasionada. Es un hombre lleno de amor, un hombre que ha captado la verdad sobre la Presencia Real de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento y sus implicaciones para aquellos que

son transformados por nuestra comunión con él. ¿Cómo no iba a responder con un corazón abierto y lleno de gozo a Aquel que lo ha dado todo por nuestra salvación? ¿Cómo no iba a cantar sobre la gloria del Salvador, del misterio "que excede todo precio" que está presente para nosotros — aquí y ahora — en el sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo? ¿Cómo no iba a derramar lágrimas de alegría y acción de gracias por el don sacrificial que se nos ha dado "para la redención del mundo"?

Reflexionando sobre la enseñanza y el testimonio personal de este gran santo, el Papa Emérito Benedicto XVI escribió una vez: "¡Enamorémonos de este sacramento! Participemos en la Santa Misa con recogimiento, para cosechar sus frutos espirituales; ¡alimentémonos con el cuerpo y sangre de nuestro Señor, para ser nutridos incesantemente por la gracia divina! Permanezcamos voluntariamente y con frecuencia en compañía del Santísimo Sacramento en una conversación de corazón a corazón". Jesucristo invita a nuestra comunión íntima con él a través de este gran sacramento de su cuerpo y sangre.

No es de extrañar que las palabras familiares del "*Tantum Ergo*" nos insten a "caer en adoración" ante la Hostia sagrada. ¡Es correcto sentirse abrumado por el poder de la presencia del Señor— no de una manera opresiva o temerosa, sino con corazones llenos de asombro y gozo!

Al final, como Santo Tomás de Aquino sabía, el misterio divino desafía toda comprensión. La fe por sí sola llena los vacíos "donde son incapaces los sentidos" y nos permite conocer, amar y servir a Dios — de manera parcial y preliminar aquí en la Tierra, pero plena y a la perfección en el gozo eterno del cielo.

En mi carta pastoral *Regresar a la Gracia: Una Carta Pastoral sobre la Eucaristía* (ver selección a continuación), hago esta observación:

Durante la celebración de la Eucaristía, hay dos momentos de *epiclesis* cuando el sacerdote invoca al Espíritu Santo, primero para convertir el pan y el vino, luego para convertir a aquellos que recibirán el Don.

Nuestra transformación en el Cuerpo de Cristo es tan misteriosa ("donde son incapaces los sentidos") como la transformación del pan ordinario y el vino en la Presencia Real de Nuestro Señor. Es una acción sagrada realizada por el Espíritu Santo que infunde nuestras mentes y corazones con el fuego del Amor de Dios. Esto hace de la Eucaristía un instrumento divino de la santificación del mundo. Al transformarnos en el Cuerpo de Cristo, este gran sacramento hace posible que transformemos todo lo que tocamos.

Enamorémonos de este sacramento tan precioso. Nutrámonos de la gracia divina, para que tengamos la fuerza para convertirnos en lo que recibimos en la Santa Eucaristía y, entonces, transformar el mundo.

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

Una Selección de *Regresar a la Gracia: Una Carta Pastoral sobre la Eucaristía* Por el Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R., Arzobispo de Newark

Uso la palabra “gracia” para describir la Eucaristía en dos sentidos: Primero, tengo en mente la gratificación, la “concesión” de la Eucaristía. Que Jesús, “había amado a los suyos que estaban en el mundo, y así los amó hasta el fin” (Jn 13: 1). No participamos por una obligación de hacer algo por Dios, sino que nuestra participación le permite a Dios hacer algo inimaginable por nosotros. San Alfonso de Liguori dice que “el paraíso de Dios es el corazón del hombre”. Jesús da el don para que Dios pueda ir donde Dios quiera ir. Todo es gracia.

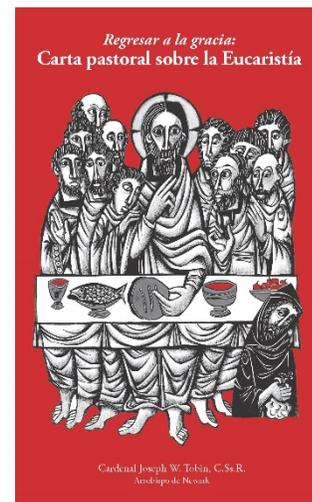
El otro sentido de “gracia” es “belleza”. Cualquiera sea la calidad estética del ritual (que, como ha observado el papa Benedicto XVI, no es insignificante), el “camino de la belleza” (la *via pulchritudinis*) puede ser el camino a la fe para los hombres y mujeres modernos. “El arte y los santos son los más grandes apologetas para nuestra fe, dice nuestro papa retirado. “Lo que la fe debe ver es la Belleza.” San Alfonso vislumbró esto y escribió la letra de un himno que la mayoría de nosotros ha cantado muchas veces:

*“Oh, Dios de la hermosura; del Cielo eres el Señor.
Digno de poseer el amor devoto de mi corazón.
Tan dulce Tu semblante, tan amable de contemplar.
Solo una mirada hacia mí, inmensa felicidad.”*

Para invitar a nuestros hermanos y hermanas a que regresen a la participación plena, consciente y activa en la liturgia eucarística, debemos enfatizar la gracia de este gran don y su incomparable belleza. Le he puesto a esta carta pastoral el título [Regresar a la Gracia](#) porque creo firmemente que todos nosotros estamos llamados a hacer eso, a modo de respuesta, después del Gran Ayuno Eucarístico que nos impuso el COVID-19.

Nuestro Santo Padre, el papa Francisco, no ha permanecido en silencio durante esta pandemia. Se ha manifestado constantemente para exhortarnos a no tener miedo; a permanecer espiritualmente cerca de Dios y cerca unos de otros; a recurrir a María, Madre de la Iglesia, a San José durante este Año Santo de San José y a todos los santos; y a recordar a los más necesitados, especialmente los pobres, los vulnerables y los miembros desplazados de la familia humana. El papa Francisco nos ha advertido además de que el pecado de la indiferencia puede ser mucho más letal que el COVID-19.

Nuestro Santo Padre nos recuerda a todos los que estamos en posiciones de liderazgo y de servicio corresponsables en la Iglesia que somos simples “monaguillos” para el Espíritu Santo. No tenemos el control de situaciones como esta pandemia, que nos enfrentan, a menudo sin aviso. Nuestro trabajo es escuchar, orar, discernir, permanecer cerca del Pueblo de Dios y decidir sin temor.



Como cristianos bautizados y confirmados, estamos llamados a aceptar humildemente, pero con confianza, la presencia y el poder del Espíritu Santo en nuestra vida. Empezando con nosotros, los obispos, debemos procurar entender “este mensaje del Espíritu a las Iglesias” (cf. Rev. 2:29). Es el Espíritu Santo — no nosotros — quien reúne a la Iglesia y hace posible la reconciliación. Durante la celebración de la Eucaristía, hay dos momentos de *epiclesis* cuando el sacerdote invoca al Espíritu Santo; primero para convertir el pan y el vino, luego para convertir a quienes recibirán el Don. Somos siervos del Espíritu y de los misterios sagrados que el Espíritu Santo hace posibles. Regresar a la gracia significa entregarnos al Espíritu de Dios, que hace a Cristo realmente presente para nosotros y que convierte en el Cuerpo de Cristo a aquellos de nosotros que lo recibimos en la Sagrada Eucaristía.

Un Mensaje del Papa Francisco: Palabras de Desafío y Esperanza



Cada vez que recibimos el Pan de Vida, Jesús viene a dar un nuevo significado a nuestras fragilidades. Él nos recuerda que, a sus ojos, somos más preciosos de lo que pensamos. Él nos dice que está contento si compartimos nuestras fragilidades con él. Él nos repite que su misericordia no tiene miedo de nuestras miserias.

La misericordia de Jesús no tiene miedo de nuestras miserias. Y, sobre todo, Él nos sana de esas fragilidades que no podemos sanar por nuestra cuenta, con amor. ¿Qué fragilidades? Pensemos. La de sentir resentimiento hacia aquellos que nos han hecho daño — no podemos sanar de esto por nuestra cuenta; la de distanciarnos de los demás y cerrarnos dentro de nosotros mismos — no podemos sanar de eso por nuestra cuenta; la de sentir pena por nosotros mismos y quejarnos sin encontrar la paz; de esto tampoco podemos sanar por nuestra cuenta. Es Él quien nos sana con su presencia, con su pan, con la Eucaristía.

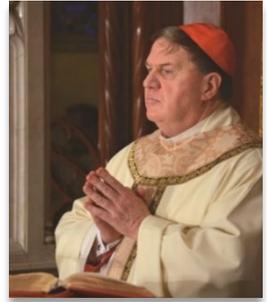
La Eucaristía es un medicamento eficaz para estas cerrazones. El Pan de Vida, de hecho, cura la rigidez y la transforma en docilidad. La Eucaristía sana porque se une a Jesús: nos hace asimilar su forma de vivir, su capacidad de romperse y entregarse a hermanos y hermanas, para responder al mal con el bien. Él nos da el coraje de salir de nosotros mismos e inclinarnos con amor hacia la fragilidad de los demás. Como Dios lo hace con nosotros.

Esta es la lógica de la Eucaristía: recibimos a Jesús que nos ama y sana nuestras fragilidades para amar a los demás y ayudarlos en sus fragilidades; y esto dura toda nuestra vida. En la Liturgia de las Horas de hoy, rezamos un himno: cuatro versículos que son el resumen de toda la vida de Jesús. Y nos dicen esto: Jesús al nacer, se convirtió en nuestro compañero de viaje en la vida. Luego, en la cena, se entregó a sí mismo como alimento. Luego, en la cruz, en su muerte, se convirtió en el "precio"; que él pagó por nosotros. Y ahora, mientras reina en el cielo, él es nuestra recompensa; vamos a buscar a Aquel que nos espera [cf. Himno en Laudes del Corpus Christi, Verbum Supernum Prodiens]. (Angelus, Domingo 6 de junio de 2021)

Mi Oración para Ustedes

Quisiera hacer mias estas palabras del Mensaje del Papa Francisco en el Angelus del domingo 6 de junio del 2021:

Que la Santísima Virgen, en quien Dios se hizo carne, nos ayude a acoger con Corazón agradecido el don de la Eucaristía y hacer también de nuestra vida un don. Que la Eucaristia nos haga un don para todos.



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

